

Excelencia

El 9,7 nunca fue suficiente. ¿Por qué? Porque en segundo de bachillerato un decimal es mucho más que un número: es la frontera entre el éxito y el fracaso absoluto. Veía a mis mejores amigas intercambiar dieces con sonrisas cómplices y notaba su conmiseración cuando miraban mi nota. Para Paula y Cristina, la perfección parecía formar parte de su existencia; pero, para mí, era un frágil castillo de naipes que amenazaba con derrumbarse con el más leve soplo de viento. Cada madrugada, los apuntes subrayados en rojo sobre el papel en blanco, se convertían en el recordatorio de que el más mínimo error me dejaría fuera de la carrera universitaria que deseaba. Un sudor frío me recorría la espalda y me quitaba el sueño cuando pensaba en la cara de mis padres cuando descubrieran que yo era una impostora, que no era suficientemente lista, que nunca conseguiría el nivel necesario para pasar la nota de corte.

Había tonteado con la idea hacía tiempo, pero la primera vez ocurrió durante la semana de exámenes del primer trimestre. Tenía Lengua al día siguiente y la Literatura se resbalaba por mi memoria sin dejar ni la más mínima huella: confundía autores, mezclaba los temas principales, no recordaba las fechas de cada Generación... La angustia comenzó a subirme por la garganta como una marea que me impedía respirar. No podía permitirme volver a fallar. No podía repetir el fracaso del 9,7 del último examen. Rebusqué en el estuche en busca del sacapuntas y desarmé la cuchilla. Fui al baño impulsada por la necesidad ciega de acallar el ruido de mi mente. «No eres suficiente. No lo vas a conseguir. Ni siquiera deberías estar en bachillerato».

Sostuve la hoja entre mis dedos. Estaba fría y emitía pequeños destellos bajo la luz de los halógenos del baño. Al apoyar el metal sobre la fina piel de mi antebrazo izquierdo, sentí el alivio del control absoluto. No podría dominar la cronología de los autores de la Generación del 27, pero, al menos, podría dominar aquel trazo. Presioné buscando la precisión matemática de una regla invisible: una línea recta perfectamente paralela al pliegue de mi muñeca.

El dolor agudo avivó mis sentidos y calmó la espiral destructiva de mi mente. Primero se dibujó una pequeña hilera de cuentas rojas y brillantes y, después, estas se unieron formando una gota espesa que resbalaba despacio por mi piel. Sentí que toda la ansiedad se escapaba por aquel fino corte, drenándose junto con mi sangre y desapareciendo bajo

el chorro de agua fría. Por primera vez en semanas, pude exhalar todo el aire que me asfixiaba.

Me juré a mí misma que mi ritual secreto se limitaría a las semanas de evaluación: era la válvula de escape necesaria para sobrevivir a la presión de un curso tan exigente.

Pero la mente perfeccionista es una deidad insaciable, y lo que comenzó como un recurso ante la ansiedad que me generaban los exámenes, se convirtió rápidamente en la respuesta ante cualquier imperfección. De pronto ya no hacía falta una gran crisis: bastaba con que el profesor me corrigiera en clase, con un inoportuno tachón en mis apuntes impecables o con que Cristina me sacara más de tres décimas en el examen de Física. La letanía repetitiva tomaba el control de mi mente: «Has fallado. No eres suficiente. No lo vas a conseguir. Corrígelo».

La frustración exigía un sacrificio físico, un castigo inmediato que me permitiera volver a recuperar el control. Mis brazos se convirtieron en el lienzo de mi propia exigencia: trazaba las líneas paralelas con una precisión obsesiva, cuidando la distancia perfecta entre cada una de ellas, con la profundidad exacta para que se dibujara el pequeño collar de gotas rojas que terminaban uniéndose en una sola. Cada incisión era más pulcra que la anterior, y sentía la anestésica paz del orden efímero en medio del caos de mis propias expectativas. Las mangas largas y los rituales con la cuchilla, se convirtieron en mi segunda naturaleza: era la estudiante modélica de primera fila y, en secreto, la chica cuyo brazo izquierdo era un mapa de cicatrices en distintas etapas de curación.

Todo colapsó aquel martes de mayo. La presión por la proximidad de la Selectividad nos tenía a todos sumidos en un estado de nervios que hacía irrespirable el aire del aula. En clase de Filosofía, mientras intentaba recoger el folio que se me había caído debajo del pupitre, la manga de mi jersey se quedó trabada en el gancho de mi mesa. La tela se subió de golpe hasta el codo, y aunque la bajé de inmediato, la mirada de mi profesora ya se había posado sobre las finas líneas de mi brazo.

Me miró a los ojos y, curiosamente, no vi en su mirada repugnancia o enfado, sino una mezcla devastadora de dolor y comprensión.

Cuando sonó el timbre del recreo, me pidió suavemente que me quedara un momento. Aquella charla cambió mi vida. Mi profesora no me juzgó ni me echó un sermón. Se limitó a escucharme y a enjugar mis lágrimas cuando el muro de contención finalmente

estalló en mil pedazos. Pese a mis reiteradas súplicas, ella cumplió con su deber y llamó a mis padres, una posibilidad que me provocaba un terror paralizante. Pensaba que no podría superar su mirada de decepción al ver mis marcas, la certeza definitiva de la debilidad de mi carácter.

Mi profesora se quedó junto a mí y, con delicadeza, explicó a mi familia lo que estaba ocurriendo. Curiosamente no hubo gritos, ni reproches y, en lugar de la incompreensión que yo tanto temía, me encontré con un abrazo tan fuerte, que sentí cómo se unían las piezas rotas de mi pecho. Por primera vez comprendí que su amor nunca estuvo condicionado por mis calificaciones.

El proceso para sanar fue un camino largo y complicado que me hizo pasar por la consulta de un psiquiatra y por un duro tratamiento a base de ansiolíticos. Comprender mi necesidad obsesiva de control, aprender a tolerar el error y desarmar la creencia de que mi valía dependía de un número, fueron mis exámenes de graduación ese curso académico.

Las cicatrices de mi brazo me acompañarán para siempre, recordándome como aquel año perdí un curso, pero gané una vida.

Kairós